

AÑO I.

Diciembre, 1918.

Núm VI



REDACCION: Antón Martín Sanvedra — Wifredo Pi — Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION: José López Descalzo

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo.

Suscripción mensual \$ 0.50

DIÁLOGOS OLÍMPICOS

Es la nueva obra del celebrado autor uruguayo, un libro al mismo tiempo de literatura y de filosofía. Pertenece a la primera por la belleza severa de su estilo, por las hermosas imágenes que lo esmaltan, por las leyendas y mitos que nos cuenta su autor, narrándolos con gracia y galanura; en una palabra, por la forma artística que vivifica y aligera con su soplo lo que de serio y profundo encierra de por sí el pensamiento filosófico que constituye su *substratum*.

Resucita Reyles en sus «Diálogos», el primero de los cuales constituye el presente libro y se desarrolla entre Apolo y Dionisos, el antiguo simbolismo griego; enriqueciéndolo, como él mismo lo dice en carta abierta publicada en «La Nota», con las modernas concepciones de la ciencia y la filosofía, y transformándolo así en la controversia secular del espíritu y la materia, erigidos en enemigos irreconciliables por las dos escuelas filosóficas tradicionalmente antagónicas.

Y este simbolismo nos agrada más por parecernos más justo que el elegido por Shakespeare en « La Tempestad »; pues en este último, la antítesis exagerada e injusta ha degradado hasta lo absurdo la naturaleza material del hombre, encarnada en Calbán haciendo del *barro original* la fuente de todos los males, y exaltando en Ariel el espíritu por cuyo origen imagina Shakespeare de naturaleza superior y divina.

Más equilibrados, más serenos, sin esa mística y sombría exaltación medioeval que fundó los conventos y organizó las cruzadas, condenando de una manera absoluta y sin apelación las leyes y las necesidades físicas del hombre,— los griegos, sanos de espíritu y armoniosos de formas adoraron por igual y con cultos tan extendidos en Grecia para uno como para otro, a Dionisos, la naturaleza física de la humanidad, la pasión, el instinto, las fuerzas vitales; y a Apolo, la inteligencia, la razón, el arte, la naturaleza espiritual de la humanidad.

Esta elección nos demuestra ya en el libro de Reyles, una posición de espíritu más griega que mística, igualmente favorable a las dos tendencias; o por lo menos un deseo vivísimo de buscar una solución ecuánime y desapasionada a la secular discusión entre ambos principios. Los « Diálogos » de la misma naturaleza que « La Muerte del Cisne », son como la continuación y el coronamiento de esta obra, libro inacabado y que Melián Lafinur en su notable crítica de los « Diálogos » llama tendencioso y pragmatista, sin dejar de reconocer la parte intergiversable de su doctrina. Para la comprensión total del pensamiento de Reyles no será ya posible juzgar la filosofía de « La Muerte del Cisne » sin estudiar con él los « Diálogos » en donde encontraremos su natural continuación. Esta última obra, más severa, más desinteresada, acaso más profunda también, corrige lo que de apasionado y violento tiene la primera, y que le da ese carácter de granitica desesperada, ese hondo sabor de vida, ese doloroso y magnífico

sentimiento de sombría resolución, como si contempláramos el incendio que una mano exaltada hubiera llevado voluntariamente a las cosas más queridas, sólo por que ellas hubieran sido profanadas una vez. En esa terrible condenación de todos los Idealismos humanos, se transparenta, clara, la pasión acendrada por esos mismos Ideales.

Negadas así en «La Muerte del Cisne», apasionada y violentamente las grandes aspiraciones humanas,—al menos en la forma en que habían sido defendidas por las filosofías espiritualistas, los «Diálogos» tratan ahora de reconstruirlas nuevamente, pero tomando esta vez materiales puramente humanos, y sobre la roca firme de los datos suministrados por la ciencia. Destruye, de esta manera, el antagonismo secular entre las dos naturalezas, de las cuales no es en definitiva, una de ellas, más que una manifestación superior de la otra.

Demostrado el origen común del pensamiento humano y de la materia, el determinismo universal, la identificación del espíritu con las energías del Universo, y la soberanía absoluta de la fuerza en el seno de la Naturaleza, de la que no es posible separar al hombre para hacer de él un ser diferente y superior a los demás, se presenta una dificultad casi insalvable para no caer en el grosero materialismo, y salvar sobre los débiles hombros de la humanidad, el tesoro de Esperanzas e Idealismos que constituye todo el precio,—y el único precio—de la existencia humana; tesoro tan fácil de defender desde el punto de vista de un espiritualismo sin base alguna científica, pero en lucha abierta y en abierta contradicción con los últimos postulados de la ciencia.

Una primera tentativa la realizó Reyes en algunos artículos publicados en «La Nación» de Buenos Aires bajo los títulos de «Latínismo y Germanismo» y «Las pendones de Francia», ligando ya la Guerra Actual a la vieja disputa filosófica.

La asimilación de la secular contienda metafísica con la lucha real y armada en los campos de Francia y Bélgica,—que Melián Lafinur considera como la mayor originalidad de los « Diálogos », era un paso casi obligado para la mentalidad de Reyles. En efecto, las doctrinas de la Fuerza y el Naturalismo que gozaron de mayor predicamento en Alemania y que llegaron a su más alto grado de perfección, así como a sus últimas consecuencias por los trabajos de filósofos alemanes, constituyeron el fundamento de la egolatría germana y una de las causas más eficientes de la guerra, que Reyles considera como un *pódromo* o crisis aguda de la lucha filosófica; y que fué preparada, gestada, lenta pero concienzudamente por todos los filósofos y profesores alemanes en el elaborar de los quiméricos sueños de dominación universal que coronaron con una ambición morbosa el edificio de la cultura germana. Esos mismos principios llevados hasta la exacerbación de la locura por la megalomanía cultivada amorosamente por toda una nación debían conducir lógicamente a los resultados que todo el mundo pudo palpar en el estallido de la Gran Tragedia.

Los peligros del naturalismo exagerado se hicieron de pronto trágicamente visibles, cuando los peligros del excesivo y hueco idealismo, sin enjundia ni fundamento positivo acababan de hacerse sentir dolorosamente en anteriores y recientes fracasos.

El grito de alarma dado contra las huecas declamaciones, contra el sentimentalismo morboso, contra los antinaturales renunciamentos, fué repetido y agigantado por las resonancias de toda una nación que al desnaturalizarlo, exagerándolo, lo convirtió en una sangrienta caricatura de sí mismo.

No era posible, pues, seguir hasta sus últimas consecuencias un principio filosófico que se volvía monstruoso y tan antinatural como lo era su contrario; como no era posible tampoco volver al antiguo idealismo que destru-

yeron inexorablemente, ante la clara luz de la inteligencia, los modernos principios de la ciencia.

La mayor originalidad de los « Diálogos » está, a nuestro modo de ver, en encontrar una actitud de espíritu tal, que justifique y legitime los grandes idealismos humanos fundándose precisamente en las doctrinas aceptadas como verdaderas y reconocidas así en « La Muerte del Cisne ». Ya en « Los pendones de Francia » nos habla Reyles, de un fenómeno biológico producido en la tierra cuando era el Océano la « salada y cristalina cuna de las especies. » « Al disminuir con el enfriamiento progresivo del globo la temperatura del medio vital indispensable al progreso de los organismos existentes, la mayoría de éstos, para vivir, aunque declinando a medida que la temperatura declinaba, aceptaron humildemente la opresión exterior y se hicieron siervos sumisos de ella. Pero el vertebrado se insubordina, rehusa ponerse al diapason del ambiente que lo constriñe a someterse o correr el riesgo de morir; no acepta la ley implacable que lo condena a enfriarse y descender; lucha, se repliega sobre sí, reconcentra sus fuerzas, hace un esfuerzo supremo y por artes milagrosas crea la estupenda, la maravillosa facultad de producir calor, de mantener *dentro de sí* las condiciones térmicas primitivas y óptimas que le son favorables para vivir y prosperar, y así asciende por la escala zoológica arriba, hacia formas cada vez más complicadas y perfectas de la animalidad, mientras las especies sometidas se estancan en su evolución ascendente o retroceden hacia las modalidades más inferiores de la vida. »

Así también el hombre, se insubordina contra las necesidades y leyes de la Naturaleza que lo constriñen a abandonar sus sueños de justicia y de felicidad; eleva *dentro de sí* las fiebres de su alma y crea también *dentro de su conciencia* la estupenda facultad de producir una atmósfera moral propicia a la formación y el mantenimiento de sus sueños; el milagro de un mundo donde no

manda la cruel voluntad de la naturaleza. «Y como el vertebrado protegido por su temperatura, subió hasta el hombre, éste haciendo escudo de su conciencia, asciende hasta los seres de esencia divina y se dispone a enseñorearse del Olimpo.»

Así nos habla Apolo para justificar la pretensiones del espíritu al gobierno del mundo, aún reconociendo que en el Universo no reina la *ley del hombre*, sino la *ley de la Naturaleza* que no es Justicia, que no es Amor, ni desinterés, sino fuerza, crueldad, expansión del ser, necesidad y dominio. Pero si la Justicia y el Bien no existen en la realidad Olímpica, existen como *ilusiones voluntarias*. El hombre al insubordinarse contra las duras necesidades de la existencia y reconociendo que no existe en ellas una justicia extra humana se confina dentro de sí, y en el mundo de su propia conciencia *crea* esa justicia a que aspira y que le es tanto o más necesaria que las condiciones orgánicas para mantener y perfeccionar su naturaleza de ser superior a los demás. Sabe que esa deidad solo existe dentro de sí, pero *dentro de sí* pretende realizarla; y esa ansia suprema, esa divina locura es ya una condición necesaria a su organismo; una Ilusión sin la cual no podría vivir y que, voluntaria y todo constituye la única razón de su existencia. Suprimir esas ilusiones vitales, servideras de la vida, es condenar a los individuos y a los pueblos a someterse a la realidad exterior, y por lo tanto a estancarse en su desenvolvimiento progresivo y aún a perecer. «Más que de verdades lógicas se alimenta la vida de ilusiones vitales. Y entre éstas la más poderosa, la más fecunda es la de establecer el reino de la equidad y la dicha en el imperio de la injusticia y el dolor.»

«Y esa ilusión, ¡cosa extraña! es lo único que le da sentido y significado a la vida, la cual en sí, no tiene significado ni explicación, y lo único también que legitima las pretensiones del ideal superior y los postulados de la conciencia que lo autorizan, insostenibles como verdades

lógicas, verdaderas y saludables como ilusiones voluntarias.»

De ahí que Pandora, personificando no ya a la Eva pérfida del paganismo, que derramó sobre el mundo males sin cuento, sino a la benéfica y consoladora Ilusión «que transforma los males en esperanzas y éstas en la grande Esperanza humana de establecer en el mundo el reino de la dicha y la justicia, sea en los «Diálogos» la deidad bienhechora a cuyo influjo conquistaron los hombres su civilización «que no consiste solamente en saber fabricar instrumentos, sino sobre todo en saber fabricar ilusiones».

Legitimadas así las grandes aspiraciones humanas que son como la levadura y la sal de las civilizaciones, entra Reyes a estudiar en la contienda humana actual el papel desempeñado por Francia y Alemania dentro de la historia del mundo.

Francia encarna y simboliza esas grandes aspiraciones, «la tendencia niveladora, el racionalismo, el ideal humanitario». Es la encarnación viviente de las *fuerzas lúcidas* que luchan desde los albores del mundo por dominar a las fuerzas ciegas representadas por Alemania.

«Alemania—según Dionisos,—representa la tendencia aristocrática, el naturalismo político, el darwinismo social». Penetrada de la soberanía universal de la fuerza, Alemania ha transformado en dogmas políticos los postulados desoladores de la biología. Si la existencia es lucha y predominio del más fuerte entre los individuos; se ha dicho ella misma por boca de sus *junkers*, si la justicia es solo la voluntad del vencedor impuesta por la fuerza, legítimo es fortalecerse y conquistar por la fuerza el dominio del mundo. «Por las así bocas de sus profesores Alemania dice: el derecho, la libertad, la justicia siempre han sido el legado de la fuerza triunfante y ésta la forma perenne de la voluntad divina. . . la crueldad es más noble y generosa que la piedad porque sacrifica

el presente al futuro, el hombre al super-hombre, el individuo a la especie. La inteligencia es solo la mano obediente de la voluntad, el alma una sirviente sumisa de la vida, el bien una forma amable del egoísmo. «

« Lutecia por las innumerables bocas de sus pensadores artistas y vates, replica—aseveró Apolo—la justicia no existe ni en la tierra ni en el cielo, pero tiene un altar en la conciencia humana; reconozco la voluntad de la Naturaleza, pero en las cosas humanas no la acepto y erijo frente a ella la *voluntad de conciencia*; el fin de la civilización no es el hombre superior, sino la dicha común y la superioridad de todos los hombres; más alta virtud que la fuerza es la gracia; más noble don que el pensar, el sentir; más fuertes los derechos del hombre que los derechos del más fuerte. «

Así continúa la controversia entre el dios del instinto que defiende lo que de bueno pudo tener la cultura germana y el dios de la inteligencia, paladín esforzado de Lutecia, heredera indirecta y discípula predilecta de Palas Atenea.

Si la justicia según Dionisos no es sino una forma de la fuerza, no hay porque suponerla superior a ésta.

En ninguna contienda ni entre los efimeros ni entre los dioses ha imperado jamás la justicia del vencido. Es el vencedor quien impone su código, y éste constituye la única justicia. A lo que responde Apolo: « Existe una razón esencial, Dionisos: la justicia va ungida por la grande esperanza humana, la fuerza, nó. »

Pero lo más admirable en esta divina controversia es que reconociendo Apolo el valor y la verdad de las observaciones de Dionisos, más comprensivo y más ecuánime al fin que el dios taumaturgo, aprovecha de ellas para dar a Lutecia la alta misión de incorporarlas a la conciencia humana.

« Germania dice Dionisos—no posee el don ni la gracia, pero posee la ciencia y la fuerza que no son cosas despre-

ciables. » Pues bien, Francia se apropiará de esos buenos elementos de la cultura germánica y asimilándoselos los hará provechosos a toda la humanidad. « Su don de simpatía y universalidad siempre supo humanizar y revestir de formas amables los feroces instintos de dominación.

« Despojados de sus principios tóxicos, limpios de *bismarquina* y *spurlos* los caldos de la kultur serían acaso un gran reconstituyente para la sangre un tanto anemiada del latino. »

« La misión histórica de Francia en el drama actual no es tanto poner trabas y diques a la invasión de los bárbaros cuanto asimilarse primero y convertir después en levaduras morales los principios, las doctrinas y los métodos que le dieron a Prusia el poderío material. »

Aún tendríamos mucho más que agregar sobre este libro hermoso y original. Hemos tratado en este breve ensayo de destacar lo que para nosotros resulta más interesante: 1.º la justificación de un sano y vigoroso idealismo partiendo de los principios científicos que no pueden ser desconocidos y sin apelar para nada a un principio superior y divino como lo hicieron hasta ahora las religiones y filosofías espiritualistas; y solamente con ayuda de las *ilusiones voluntarias* cuyo papel en la conservación de la vida no se había hecho notar hasta ahora con tanta fuerza y claridad y esa *insubordinación del vertebrado* que se transforma en el dominio espiritual en *voluntad de conciencia*. Y 2.º el papel asignado a Francia en esta lucha de cuatro años que acaba de terminar con el triunfo del derecho; papel que aún no ha concluido de desempeñar y cuyo desarrollo no nos es dado pronosticar. Una nueva era se prepara para el mundo, en la cual serán sin duda alguna Francia y los Estados Unidos los que dictarán las nuevas tablas de valores humanos que empezaron a gestarse en las trincheras y a las cuales dió forma y voz la palabra austera y desinteresada del Presi-

dente Wilson. Pero el drama no ha concluido aún con el armisticio que se acaba de firmar.

La lucha de las armas ha dado tregua; la magna lucha de las ideas empieza recién a perfilarse y su desenlace final no nos es posible vislumbrar.

Nadie se aventura aún a hacerlo. El caos en que se encuentra envuelta Rusia y que amenaza invadir como una ola gigantesca a muchas naciones de Europa, la gestación de nuevas nacionalidades que nacen a la luz, tímida o audazmente y los problemas de la post-guerra para todas las naciones prometen acontecimientos trascendentes preñados de inesperadas consecuencias. Lo que el porvenir nos reserva es un misterio aún.

Entre tanto admiremos en el nuevo libro de Reyles la belleza soberana de su estilo y las profundas y originales reflexiones que lo esmaltan, vestidas con los galanes ropajes de una prosa castiza y moderna, elegante y musical. En él asienta Reyles definitivamente su idealismo « que no es como lo quiso el espiritualismo, raquílica planta de estufa, flor de trapo, apariencia sin vida, sino árbol potente, nutrido por las raíces con los jugos vitales del mundo, nutrido por las hojas con los elementos eternos del éter azul. »

LUISA LUISA.